
OPINIÓN

LA CUARTA PÁGINA »

Revolucionarios contra liberales

El uruguayo Eduardo Galeano dedicó su obra a mitificar América Latina. El venezolano Carlos Rangel realizó la tarea inversa, la de convencer con argumentos a un público que prefería que le contaran poemas

ÁLVARO VARGAS LLOSA | 22 ABR 2015 - 00:00 CEST

Archivado en: Opinión Eduardo Galeano Liberalismo político Marxismo Comunismo Latinoamérica América Ideologías Política Cultura Sociedad



EVA VÁZQUEZ

Este 2015 es el año de la muerte del uruguayo Eduardo Galeano, uno de los clérigos (en el sentido medieval) de la izquierda latinoamericana y el año en que cumple 40 primaveras la obra maestra del liberal venezolano Carlos Rangel: *Del buen salvaje al buen revolucionario*. Aunque el pensamiento político de Galeano empapa toda su obra (era capaz de ver un acto antiimperialista en un regate de Messi) y el tercer volumen de *Memoria del fuego*, la incendia, su libro quintaesencial fue *Las venas abiertas de América Latina*. Lo publicó en 1971. Rangel publicó su obra cumbre cuatro años después. Carecía de la vena poética de Galeano, pero tenía un conocimiento de otras disciplinas que dieron a su aparato intelectual mayor solvencia y capacidad para interpretar la realidad.

Galeano dedicó su vida a mitificar América Latina (qué apropiado que la primera parte de *Memoria del fuego* fuese una colección de mitos fundacionales, algunos bellos). Rangel, que se

suicidó a los 58 años, dedicó la suya a desmitificarla.

Galeano tuvo a su servicio el aparato divulgador y protector de la izquierda, un *juggernaut* propagandístico. Rangel tuvo en contra a esa misma potencia sin el beneficio de un aparato divulgador y protector de la derecha porque en sus años de esplendor la derecha no tenía, como dijo Octavio Paz, ideas: sólo intereses. Ello hizo que el prestigio de Galeano fuera más amplio que el de Rangel pero

también menos profundo. Galeano no convenció a nadie: puso palabras e imágenes a sentimientos que estaban en el aire o a los que otros habían dado antes expresiones distintas. El venezolano tuvo que hacer lo contrario de Galeano: ponerles ideas a las palabras y convencer con argumentos a un público que prefería que le contaran poemas y le suministrasen explicaciones reconfortantes.

Galeano nadó con la corriente pero el río que lo llevaba conducía a la catarata por la que rodó casi toda la izquierda latinoamericana con la caída del muro de Berlín. Rangel nadó contra la corriente: en algún punto el sentido del curso fluvial cambió y pudo sortear el precipicio. Galeano se equivocó y hacia el final de su vida, un cuarto de siglo después del derrumbe del Muro, hizo una autocrítica incómoda y rápida que lo honra. Rangel murió sabiendo que decía la verdad pero sin saber que estaba por ganar la batalla más frustrante de todas: la del tiempo.

La estirpe de Galeano nace con los intelectuales positivistas de finales del siglo XIX, que traen a América Latina las ideas de Auguste Comte, las del socialismo *científico* por oposición al *utópico* de Saint-Simon. Los positivistas ponen esas ideas al servicio de dictaduras de derecha —Porfirio Díaz en México, Juan Vicente Gómez en Venezuela, el militarismo brasileño de la temprana república— pero con el curso del tiempo giran a la izquierda. En ese giro influyen las ideas de un Manuel Ugarte en Argentina o un Rodó en Uruguay, que denuncian la explotación extranjera y apelan a la unidad latinoamericana (Ugarte) o ensalzan los valores espirituales y denostan los materiales (Rodó).

En el campo liberal el viaje fue de sentido contrario: los intelectuales de la estirpe de Rangel fueron la izquierda latinoamericana del siglo XIX, enfrentada al conservadurismo. Se inspiraron en las ideas de la Ilustración y los Padres Fundadores estadounidenses para tratar de desmontar la herencia colonial. Pero en la primera parte del siglo XX se desordenaron los puntos geodésicos de la intelectualidad latinoamericana: los socialistas herederos de la diestra acabaron en la izquierda mientras los liberales herederos de la siniestra acabaron en la derecha.

Las dictaduras militares no se dieron a sí mismas una justificación intelectual totalizadora

La estirpe de Galeano rescató entonces a los intelectuales indigenistas de comienzos del siglo XX y más tarde le añadió a ese acervo el pensamiento desarrollista de Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto en *Dependencia y desarrollo en América Latina*.

La estirpe de Rangel, sin dejar de valorar los aportes indigenistas y desarrollistas, les negó el valor que otros quisieron darles para justificar el victimismo, la lucha de clases, el tercermundismo, la idolatría del Estado redentor y el amurallamiento de nuestras economías. La estirpe liberal se interrumpió durante muchos años pero el propio Rangel la rescató. Al hacerlo, entroncó el pensamiento de la posguerra con lo que había sido la *generación*

del 37 argentina que había marcado la época dorada de aquel país: Sarmiento, Alberdi y compañía.

Julien Benda llamó al siglo XX “el siglo de la organización intelectual de los odios políticos”. En América Latina eso fue más cierto en la izquierda que en la derecha porque las dictaduras militares que mataron, torturaron y robaron no se dieron a sí mismas una justificación intelectual totalizadora. En cambio, nuestras guerrillas terroristas y nuestras dictaduras socialistas estuvieron nimbadas por una aureola de prestigio intelectual. Un aparato intelectual justificatorio se negó a hacer en la izquierda lo que según Galeano había hecho Fidel Castro en su alegato de defensa tras el asalto al cuartel Moncada: hablar para “los meados por los diablos”. No quiso hablar nunca por los meados por los diablos cubanos o nicaragüenses, y más tarde venezolanos, por ejemplo. Había decretado que los diablos eran las víctimas, no los victimarios.

La estirpe de Rangel se niega a diferenciar entre las víctimas de la derecha y las víctimas de la izquierda. Su visión humanista es más poderosa que su toma de partido: el individuo tiene un valor y unos derechos que trascienden los caprichos de la ideología.

La tesis de *Del buen salvaje...* es dura de aceptar, como lo son siempre las verdades de nuestros mayores. La Europa utópica había visto a los latinoamericanos como buenos salvajes contaminados por el colonialismo. La civilización-víctima, cuyos males eran producto del abuso de los forasteros poderosos, debía hacerse justicia a sí misma repudiando el capitalismo imperialista y la democracia mentirosa, refugiándose en la protección y exaltación de lo propio. Un sofisma, según Rangel, del que nacían muchos de nuestros males y que había impedido que fuésemos una potencia. Por creer tantos latinoamericanos, como sostuvo Galeano, que “unos países se especializan en ganar y otros en perder”, Latinoamérica había renunciado a superarse.

Nuestras guerrillas terroristas estuvieron nimbadas por una aureola de prestigio Todavía hay regímenes contruidos sobre esos fundamentos teóricos, que les sirven de dispensa para la violencia de Estado y la ausencia de libertades. Ha surgido, al mismo tiempo, una izquierda latinoamericana democrática y menos alérgica a la empresa privada y el comercio con el

mundo. Pero no tiene un aparato intelectual, en parte porque la izquierda intelectual anda a caballo entre ambas izquierdas, resignada a la vegetariana pero excitada por la carnívora, duplicidad que no dista de la que exhiben esos Gobiernos que hacen de puertas para adentro lo contrario de aquello que aplauden en el exterior.

El propio Galeano era un hombre cercano al Frente Amplio que gobierna democráticamente Uruguay y que ha mantenido políticas relativamente liberales en algunos sentidos, y un estrecho amigo de Hugo Chávez, que hacía lo contrario. No son pocos los intelectuales de la estirpe a la que él perteneció

que no acaban de romper el cordón umbilical que los ata al populismo autoritario.

La lección intelectual que ofrece Rangel a esa izquierda —y que vale también para la derecha— es triple. La primera responsabilidad de quien defiende ideas políticas es asegurarse de que ellas no nublen la verdad. La segunda es la integridad intelectual. Por último: la soberanía. ¿Cuántos de nuestros intelectuales han preferido ahorrarse la hostilidad que tuvo que soportar Rangel antes que renegar de ideas que sabían falaces?

La estirpe de Galeano, poblada de imaginación, tiene pendiente una revisión profunda de sus raíces y su historia contemporánea. La estirpe de Rangel tiene pendiente aprender poesía, en el sentido político de la palabra, para que los jóvenes intelectuales se sientan más atraídos por ella.

En algunas conferencias me he permitido la *boutade* de decir que los problemas de América Latina se solucionarán cuando tengamos una telenovela liberal, una canción de protesta liberal y una biblia liberal comparable a *Las venas abiertas...* Es un poco exagerado, claro. Pero sólo un poco.

Álvaro Vargas Llosa es escritor y periodista, y miembro del Centro para la Prosperidad Global, Washington.